

BITÁCORA DE LA TRUCHA

Hoy binieron dos sombras grandes. No eran como las otras sombras, las que son chicas y se mueven dibujando puntos de sol. Las sombras chicas me gustan. Las sombras chicas son buenas; cuando se mueven después hojas verdes caen hacia el fondo. Me gusta ver cómo caen hacia el fondo las hojas verdes. Las sombras grandes asustaron a Steelhead, se puso muy nerviosa y creo que algo tiene que ver con eso que le cuelga del labio. Después las sombras grandes se fueron y Steelhead y yo teníamos hambre. Nos comimos una de las pequeñas. Yo la maté y se la llebé a Steelhead y me dejó comer también a mí. Hace calor.

Hoy vinieron las Mayfly. Estaba casi de noche y a mi me pareció que no se dieron cuenta que estábamos. Estaba

por atacar a la más grande y una pequeña me ganó. Se agarró la Mayfly que yo quería. Pequeña iba tan rápido que saltó fuera del agua. Después volvió a entrar al agua y nos miró y después la maté. Steelhead se comió a Pequeña y me dejó a Mayfly. Después yo me comí a Mayfly y Steelhead a Pequeña. Después se hizo de noche.

Hoy me parece que las pequeñas deben estar escondidas. Ellas comen cualquier cosa y con eso están bien. Hoy tube hambre y me comí una aleta de Steelhead. Steelhead no me dijo nada. Las sombras buenas hoy se movieron, después llegaron las hojas verdes. A mí me gusta ver las hojas verdes caer hacia el fondo. Cuando dejaron de caer, tube hambre y me comí la aleta de Steelhead. Anoche soñé. No sabía que podía soñar. Había una sombra grande que me hablaba. Era muy negra y yo no me asusté. Después me desperté se lo conté a Steelhead y Steelhead no dijo nada. Después cayeron las hojas y cuando dejaron de caer me comí la aleta de Steelhead.

Hoy no bino nadie y a la mañana las pequeñas me comieron una aleta. Hoy no cayeron hojas. Steelhead

flota. Las pequeñas se comieron una aleta mía esta mañana..

Ayer pasé todo el día hablando con la sombra. En otoño siempre llueve. Seguro que este otoño va a llover mucho y el río va a estar lindo.

Hoy la sombra ya se fue. A la mañana ya no estaba. Que suerte que bino.

“Estoy cansado de llevarme puesto”. Otra vez esa frase, materializándose desde la niebla del entresueño, mientras guardo en el bolsillo interior de mi Samsonite la camiseta blanca que uso para dormir. Cierro la valija, trabo el candado y compruebo que todavía no son las cinco de la mañana. Una última mirada a la habitación –con especial atención a los tomacorrientes donde suelen abandonarme los cargadores de celular– y enfrento el pasillo alfombrado color holiday inn.

Lo único que dice el chofer es un buenos días, esta mañana hay hielo en la ruta y vamos a tardar un ahora en llegar al aeropuerto. El auto es cómodo. La calefacción está bien dosificada. Escuchamos una FM clásica. Cierro los ojos.

Hace unos metros, se agregó un sello a mi pasaporte. No tiene nada especial: un sello en tinta negra que dice *salida*. El funcionario de migraciones lo estampó en el pasaporte. Ese ruido cargaba algo que me dejó preocupado, imaginé que alguien se me acercaba con cara aterrorizada para advertirme de una próxima tragedia. Cerré apurado el pasaporte y lo guardé en el bolsillo interior del sobretodo. Ahora camino por el hall de alfombras azules, sintiendo en mi mano derecha el suave tirón de mi valija –la misma que arrastro en todos mis viajes sobre todas alfombras azules–. Tengo que llegar temprano, es una reunión importante. Vuelvo a pensar en el sello y se para delante mío la idea que el sello de *salida* es un primer hito en una secuencia de eventos que, llegado un punto, se pliegan sobre sí mismos: sello de salida, cinturón de seguridad ajustado, video bucólico, despegue, el piloto que dice alguna trivialidad en dos idiomas, aterrizaje, video bucólico, cinturón –unánimemente desabrochado antes de tiempo–, sello de entrada. ¿Cuál será la señal convenida para que ocurra esta inversión de todo? ¿Qué pasaría si algo hiciese que la señal fuese omitida? Esta última pregunta me hace sentir igual que cuando el sello me quiso decir algo. La idea se va y faltan todavía cuarenta minutos

para embarcar. Según mi pasaporte, ya salí de este país. Sin embargo, estoy caminando por la misma alfombra azul, todos hablan el mismo español apurado y hasta el aire tiene el mismo olor. Pero en mi documento dice que ya salí y hasta que la secuencia no se complete con un sello de entrada, seguiré estando de salida. Camino unos metros más, la alfombra cede su lugar a un piso plástico y techo de cristal color madrugada oscuro. Es el patio de comidas: mesas y sillas de aluminio puestas de cualquier forma en un espacio rodeado por mostradores de fast foods, pizzerías y cafés que me hacen pensar en un corral lleno de animales de metal, inmóviles y apáticos. A estas horas el único local abierto es la cafetería a la cual le pido un espresso con el universal gesto de índice y pulgar derecho haciendo una cé. A dos metros y medio de distancia, en una brecha en el cerco de locales, hay una columna con un televisor colgado casi rozando el techo. Transcurre un programa de entrevistas.

El espresso en su pocillo blanco descansa en la mesa de aluminio, cercado por mis manos. Si hubiese alguien mirándome, diría que soy un vidente leyendo una bola de cristal humeante. Pongo toda mi atención en la taza y su contenido. Casi no queda café y en las paredes del recipiente se fueron dibujando anillos sucesivos color

marrón. Marcan los diferentes niveles del líquido después de cada sorbo. Sólo podría decir que en esas paredes de cerámica blanca quedaron las improntas de tiempos pasados donde el café aún completaba el recipiente. Las últimas vacaciones con mi viejo. Fue un verano seco, consecuencia de un invierno sin nieve. Montañas oscuras, ríos sin agua y lagos que se apagaban dejando marcas en las paredes de roca, como el café en la taza. Una mañana, temprano —apenas era de día —, dejamos el auto sobre el camino de tierra arcillosa, techado por el bosque y bajamos hasta el río. Era uno de los lugares preferidos de mi viejo, volvíamos todos los años. El pescaba y yo leía. No recuerdo exactamente cuántos años fuimos a pescar a ese río, pero de las muchas que recuerdo, mi viejo sólo consiguió una vez interesar a una trucha. Me acuerdo bien; era de madrugada —una de las horas preferidas de esos animales —, yo me calentaba con un café del termo, y observaba la evolución del anzuelo. En el segundo lance, en el instante en que la mosca tocó la superficie del agua, salió a la superficie una trucha enorme, color gris metalizado. Con el anzuelo en su boca, describió un arco majestuoso sobre el agua. Al sumergirse, el sedal se cortó con ruido a látigo —sigo creyendo que mi viejo se sintió aliviado por el escape del animal —. Mi viejo usaba siempre el mismo

tipo de señuelo; para mí era un anzuelo color bronce envuelto en pelos color beige; para él, imitaba la comida preferida de las grandes truchas: una especie de mariposa llamada Mayfly. Pero ese año, la sequía dejó al río que era un camino cóncavo de roca volcánica, suavizada por la erosión del agua. Contemplar la piedra seca me recordó a los abrevaderos del campo —me parece que a mi viejo también —, sólo faltaban las vacas muertas, hinchadas por el sol y el olor a podrido. A lo largo del lecho, en algunos pozos, sobrevivían restos del río. Dentro de ellos, el agua era tan cristalina que el fondo parecía adherido a la superficie del agua. Los pozos eran circulares, recordaban improntas de burbujas gigantes —después supe que esos pozos eran antiguas bolsas de gas volcánico atrapados en la lava y revelados por la erosión del agua—. Mi viejo dejó la caña en la misma playa de canto rodado de siempre y caminó en silencio por el lecho de piedra, las manos en los bolsillos, los pasos lentos. Miraba hacia los costados y al techo de árboles, como buscando alguna explicación. Yo lo miraba divertido, a salvo detrás de mi cruel adolescencia. Estuvo así un rato, caminando sin rumbo por la piedra seca. De pronto, pareció encontrar algo y enfiló hacia ese lugar, al pasar a mi lado su tristeza me pidió que lo acompañe. Caminamos juntos unos diez metros, hasta el pozo más